

**Los pinos regresan al poema,  
para hacerlo suyo**  
**Fernando Aínsa**

Tanto quisieron bajar las nubes sobre Ariño  
que se quedaron enredadas en los pinos.  
Aquellos pinos en los que hacen nido  
los ardientes pensamientos  
que agitaron su copa,  
donde el viento hace su vida  
con rumor solitario y frío.  
Allí busco un refugio  
y aspiro a que mis sueños se vayan por las ramas.  
Ramas donde colgar aves cansadas  
(Aquel palomo enamorado, tal vez, viudo,  
que zurea su soledad sin otro consuelo que el eco  
en que se arropa).

Mientras tanto, abrazo su tronco  
y con arduo empeño  
trato de medir su circunferencia,  
calculo su edad en los anillos que traza alrededor  
de sí mismo.  
Mido el tiempo en sus círculos concéntricos,  
edad centenaria con que se nos presenta  
a los ojos de mortales sorprendidos.

Estos pinos pertenecen por su copa  
sólo al aire sutil que los envuelve,  
no necesitan viajar más allá de su sombra.  
Coherencia del árbol que cambia pero no se des-  
plaza,  
la suya no es evolución sino maduración  
en soledad y silencio.  
Estos pinos que jamás duermen  
susurran en las noches,  
en el crepitar de sus agujas,  
las historias vividas a su vera,  
música que emana de su pinocha estremecida.  
Pinos que hacen del espesor de sus ramas  
el contorno inevitable del paisaje,  
nostalgia de una época a la que me acerco  
con la humildad del intruso que viola el secreto  
de su pasado.

*¡Árboles que habéis visto,  
que veréis mil años de primavera!*  
*Juan Ramón Jiménez*

Les cuento respetuosamente mis penas.  
A sus pies estoy tranquilo,  
siento cómo se mecen con el viento  
los momentos que creía olvidados,  
“el azul galope de los recuerdos”  
que embargara el reconocimiento de Apollinaire  
ante el abedul crepuscular  
que palidece “en el umbral del horizonte”.

Con estos pinos quisiera repoblar los montes  
yermos  
y el corazón desolado del hombre.  
El hacha no debiera hacer su triste trabajo  
en la húmeda pulpa de su entraña.  
Espero no escuchar jamás la callada queja de  
su agonía  
al convertirse en leña o tablón de carpintería.

Columna de hojas perennes,  
“vivo universo vertical”  
—dijera el poeta—  
“campanario templado por la brisa”  
siempre erguido y desafiante,  
así te veo “pino piñonero”.

Puedo decirme,  
la promesa de estos pinos ya estaba escondida  
en su semilla  
y repetirme con Paul Valery  
“un día es una hoja del árbol de tu vida”.

Pinos que respiran la paz que no tengo,  
dispersos como vida en la memoria,  
los pinos de La Casilla regresan al poema,  
sin fatiga,  
para hacerlo suyo  
y, por lo tanto,  
nuestro.